

N O T A S

LA MUTUA APRECIACION DE LOS VALORES CULTURALES DE ORIENTE Y OCCIDENTE. PROBLEMAS DE INTERPRETACION *

COMPOSICION DEL COMITE CONSULTIVO SOBRE EL PROYECTO PRINCIPAL ORIENTE-OCCIDENTE

El Comité Consultivo sobre la Mutua Apreciación de los Valores Culturales de Oriente y Occidente —cuyos estatutos fueron establecidos por el Consejo Ejecutivo de la Unesco— se compone de dieciocho miembros designados con carácter personal por el Director General de la Organización, previa consulta a sus respectivos gobiernos. Estos son:

Profesor Karl Erdmann, profesor de historia moderna de la Universidad de Kiel (República Federal de Alemania).

Profesor S. Paranavitana, profesor de arqueología de la Universidad de Ceilán (Ceilán).

Dr. Abdel Aziz El Koussy, Consejero Técnico del Ministerio de Educación (Egipto).

Profesor Emilio García Gómez, profesor de árabe de la Universidad de Madrid (España).

Dr. Paul Judson Braisted, Presidente de la Fundación Hazen (Estados Unidos).

Sr. V. Elisseff, Conservador del Museo Cernuschi (Francia).

S. Exc. Sr. K. M. Panikkar, Embajador en París (India).

Sr. Hutasoit, Secretario General del Ministerio de Educación y Presidente de la Comisión Nacional de la Unesco (Indonesia). (Sus-

* Por considerar de suma importancia las tareas y objetivos de la UNESCO en orden a un mayor intercambio cultural entre los pueblos de Europa, Asia y América, reproducimos a título informativo estas notas, aparecidas en *Crónica de la Unesco*, Vol. III, Nos. 5 (mayo), pp. 3-8, y 7 (junio, 1957), pp. 19-22. (N. de la D.).

tituido durante la primera reunión por el Sr. K. Purbopranoto, Agregado Cultural en París).

S. Exc. Sr. Ali Asghar Hekmat, Embajador en Nueva Delhi y Presidente de la Comisión Nacional de la Unesco (Irán). (Sustituído durante la primera reunión por S. Exc. Sr. G. A. Raadi, miembro del Consejo Ejecutivo de la Unesco).

Profesor F. Gabrieli, profesor de lengua y literatura árabe de la Universidad de Roma (Italia).

Sr. Tamon Maeda, Presidente de la Comisión Nacional de la Unesco (Japón).

S. Exc. Sr. Charles Ammoun, Delegado Permanente ante la Unesco (Líbano).

Profesor Wigberto Jiménez Moreno, Jefe del Departamento de Etnografía del Instituto Nacional de Antropología (México).

Sr. S. M. Sharif, Secretario de Educación del Gobierno del Pakistán Occidental (Pakistán).

Profesor C. C. Berg, profesor de lengua indonesia de la Universidad de Amsterdam (Países Bajos).

Sr. Basil Gray, conservador de antigüedades orientales del British Museum (Reino Unido).

Profesor Eugenio Mikhailovitch Zhukov, miembro de la Academia de Ciencias (URSS).

Sr. Vu Quock Thuc, Ex-Ministro (Vietnam). (Dispensado de asistir a la primera reunión).

El Comité Consultivo Internacional encargado de asesorar al Director General de la Unesco en la preparación y ejecución del proyecto principal relativo a la mutua apreciación de los valores culturales de Oriente y Occidente se reunió en París del 1º al 10 de abril. Este organismo consta de dieciocho miembros, escogidos por su alta competencia en los dominios de la educación, la ciencia y la cultura, y que han sido designados por el Director General, con carácter personal, después de consultar a sus respectivos gobiernos.

En su primera reunión, el Comité fue presidido por el S. Exc. Sr. K. M. Panikkar, Embajador de la India en Francia, actuando como Vicepresidentes S. Exc. Sr. Charles Ammoun, Delegado Permanente del Líbano ante la Unesco, y el Profesor C. C. Berg, de la Universidad de Amsterdam; el Sr. V. Elisseeff, Conservador del Museo Cernuschi, de París, desempeñaba las funciones de relator.

Esta reunión revestía particular importancia. Ante todo, permitió examinar en forma detallada los problemas suscitados por la concepción del proyecto, sus objetivos, la selección de métodos a emplear, el papel que deben desempeñar los Estados miembros, las organizaciones internacionales no gubernamentales, y la Secretaría de la Unesco, los medios de establecer entre todas las actividades una coordinación eficaz en todos los aspectos, así como la propia actuación del Comité Consultivo.

Pero estos trabajos tenían también un objetivo más inmediato. En efecto, no habiendo podido la Conferencia General de la Unesco reglamentar de manera definitiva, en Nueva Delhi, las actividades que deberían inscribirse en el programa del proyecto principal para el ejercicio 1957-1958, decidió que el Director General recogería las recomendaciones del Comité Consultivo para someter al Consejo Ejecutivo de la Organización proyectos de plan de trabajo y proposiciones de situación de créditos. Al Consejo corresponderá adoptar de manera definitiva el plan y los créditos para 1957 y 1958.

LOS OBJETIVOS DEL PROYECTO PRINCIPAL

En la etapa presente, y sin tratar de dar una definición teórica de las referidas culturas, los objetivos del proyecto —cuyo período de ejecución debe ser de diez años— pueden presentarse del siguiente modo: esforzarse por lograr una mejor comprensión recíproca de los principales rasgos de la vida y cultura de los pueblos pertenecientes a las dos grandes zonas de civilización comúnmente llamadas “Oriente” y “Occidente”. A este efecto, se propiciarán los trabajos de los investigadores, el mejoramiento de la educación escolar y el desarrollo de los contactos e intercambios de personas, tratando de llegar al gran público por los medios de información más modernos, con el concurso de las organizaciones juveniles y de educación de adultos y mediante la traducción de obras literarias y la difusión de las artes plásticas y de la música. Es desde luego evidente que el proyecto no alcanzará su máxima eficacia, a menos que los Estados miembros y las Comisiones Nacionales de la Unesco tomen parte activa en él. Por su parte, la Secretaría de la Organización no debería limitarse a poner por obra actividades generales; sería preciso que dedicara gran parte de sus esfuerzos a coordinar, estimular y eventualmente a dar asistencia a los programas que los Estados miembros podrían llevar a cabo en la esfera nacional.

En espera del informe detallado de la primera reunión del Comité Consultivo —que aparecerá en el próximo número de la *Crónica*— quisiéramos exponer brevemente los problemas originados por la interpretación de términos como “Oriente” y “Occidente”, “valores culturales”, “apreciación”, etc. Durante el año 1956, en consulta con los Estados miembros, sus Comisiones Nacionales, las organizaciones internacionales competentes y expertos calificados, la Secretaría se esforzó en precisar el significado de estos conceptos. Algunas delegaciones expresaron también sus opiniones al respecto durante la novena reunión de la Conferencia General, en Nueva Delhi. A la luz de estas reflexiones, el Comité Consultivo emprendió sus trabajos.

¿QUÉ HAY QUE ENTENDER POR “ORIENTE” Y “OCCIDENTE”?

Tomado al pie de la letra, podría parecer que el título del proyecto coloca frente a frente una pareja con individualidades bien diferenciadas. Pero el proyecto de plan de trabajo presentado por el Director General insiste sobre el carácter relativo de las nociones de Oriente y

Occidente; sobre el hecho de que las diferencias entre los pueblos de estas dos partes del mundo no son irreductibles, sino debidas a factores históricos; y sobre la diversidad interna de cada una.

Sin embargo, cierto número de delegados a la Conferencia General señalaron que sería necesario definir previamente ambos términos, reconociendo al mismo tiempo que ésta era una tarea difícil. Una definición simplemente geográfica tendría el mérito de la claridad; su defecto principal sería, desde luego, no referirse a la realidad de las culturas que constituyen el principal objeto de este proyecto; además, no dejaría lugar para el tratamiento particular que merecen ciertos países intermedios.

Varios delegados se declararon a favor de una definición fundada en el espíritu de las culturas, "en una diferencia de matiz en la manera de construir una existencia civilizada". Indudablemente, debido a los aportes de unas culturas a otras y a las mutuas reacciones producidas en el curso de la historia, ningún pueblo puede hoy considerarse puramente oriental o puramente occidental. No obstante, las reuniones y estudios que la Unesco ha venido dedicando a este problema le han mostrado ampliamente que una diferencia real separa dos tradiciones en la edificación de las civilizaciones, y que puede afirmarse que esta diferencia de espíritu desempeña un papel de primordial importancia en el desenvolvimiento de las relaciones morales entre comunidades humanas, tanto de país a país como, a veces, en el seno de un mismo país. Además, con mucha frecuencia, los expertos que la Unesco reunió pusieron a la Organización en guardia contra una simplificación abusiva de las divergencias entre estas dos tradiciones humanas: en particular señalaron que sería erróneo reducir la civilización de Occidente sólo al genio tecnológico o al racionalismo positivista, y la civilización de Oriente a la búsqueda de una espiritualidad ciega a las realidades de aquí abajo.

Por último, desde un punto de vista más estrictamente histórico, puede considerarse que las dificultades que ponen obstáculos a la mutua apreciación de los valores culturales de Oriente y Occidente han sido determinadas por la expansión económica y política de los pueblos occidentales a partir del siglo xv, por el adelanto que éstos han logrado en el dominio tecnológico desde principios del xix, por la ausencia de contactos culturales en un plano de igualdad entre ellos y los demás pueblos, y por las causas morales de esta situación, modificada por el reciente acceso de numerosos países de Asia a la independencia política, por su papel en el concierto de las naciones y por sus rápidos progresos en el terreno científico y tecnológico.

En la formulación del proyecto principal, la Secretaría de la Unesco se vió impelida a tener en cuenta a la vez tres criterios, sin intentar establecer distinciones muy demarcadas. Consideró como cultura occidental la que prevalece en los países europeos y en todos los otros países cuya cultura hubiera tenido su origen en la de Europa, y como orientales al conjunto de culturas no-europeas, pero de un modo más particular las que tienen sus raíces en Asia y que han sido forjadas por una tradición antigua y escrita.

Esta concepción no implica naturalmente ni una unificación ficticia de cada una de las dos zonas así distinguidas, ni la hipótesis de una oposición violenta entre ellas. Es más, permite asociar al proyecto, respetando plenamente su originalidad y su complejidad interna, numerosos países que tienen conciencia de unir en su cultura elementos orientales y occidentales y que pueden de este modo constituir para los otros un ejemplo a la vez que un lazo de unión: países intermedios, encrucijadas internacionales; países que, desde fecha remota, han asimilado voluntariamente elementos culturales importados; en fin, países que habiendo alcanzado recientemente la independencia política, se muestran deseosos de proseguir la incorporación armoniosa, a su cultura, de elementos occidentales que les parecen necesarios para su vitalidad. Aún más, esta concepción permitiría diversificar la ejecución del proyecto principal, autorizando la realización de ciertas actividades "regionales" exigidas por las afinidades particulares entre ciertas culturas.

LAS CULTURAS:

VALORES HEREDADOS Y REALIDADES CONTEMPORÁNEAS

A propósito de los "valores culturales", el Director General menciona, en la introducción de su proyecto de programa, "la historia, los orígenes culturales, las obras intelectuales, así como las creaciones y la sensibilidad propias de los distintos pueblos..." Sin dejar de reconocer la importancia singular de las artes y las literaturas en las que se expresan las profundas aspiraciones de los pueblos y que desempeñan un papel determinante en el mejoramiento de la comprensión recíproca, en la Conferencia de Nueva Delhi algunos delegados se pronunciaron a favor de un concepto amplio de la noción de "valores culturales" en el que se incluyeran también los valores fundamentales que rigen la vida social de los distintos grupos considerados y las normas de la conducta humana— en resumen, todo lo que, en los diferentes pueblos, es capaz de hacer que la vida sea "verdaderamente humana", y que por otra parte puede reflejarse en las más sencillas realidades cotidianas. Este conjunto de valores sociales, denominado "ethos", ha sido objeto de numerosos trabajos científicos, especialmente en los Estados Unidos.

Sin embargo, en la Conferencia General, lo que más vivamente pareció preocupar a los oradores fue el lugar que se ha de reservar a las realidades contemporáneas y particularmente a la evolución de las sociedades y de las culturas. Todos los que intervinieron en el debate reconocieron de buen grado que una mejor apreciación mutua de los valores tradicionales —formas de espiritualidad y conceptos filosóficos heredados de un pasado lejano, sistemas de vida que han permanecido idénticos a través de las edades, monumentos de la creación literaria y artística de los distintos pueblos— era el fundamento indispensable de la mutua comprensión en sentido más elevado; que estas realidades expresaban profundamente el genio de los pueblos considerados y que sin ella no podían comprenderse numerosos aspectos de la vida contemporánea. Y aun algunos delegados expresaron el temor de que la decadencia de que están amenazados los estudios sobre las civilizaciones resulte perjudicial, si no se le pone remedio, a toda tentativa de aproxi-

mación entre los pueblos. Pero fueron muchos los que insistieron sobre la idea de que la Unesco no debería limitarse a esclarecer las realidades históricas, cualquiera que sea su valor o su interés universal, sino esforzarse muy especialmente en hacer comprender mejor a la gran mayoría de la opinión pública de esas dos regiones del mundo la realidad presente en toda su complejidad. Convendría estimular la actividad creadora de los representantes contemporáneos de las culturas de Oriente y Occidente, así como un estudio sociológico de las transformaciones actuales debidas a los cambios políticos fundamentales.

LOS FACTORES DE INCOMPRESIÓN Y DE ACERCAMIENTO ENTRE LOS PUEBLOS

El término "apreciación" fue también comentado en forma diversa. En todo caso, designa algo que va más allá del simple conocimiento, pero que debe basarse en el conocimiento mutuo.

Muchos delegados a la Conferencia General insistieron en la necesidad de eludir un doble peligro: 1º, el de aspirar a una uniformidad ficticia de las culturas, tendiendo al ideal mal definido de una cultura común a todos los hombres, o contentándose fácilmente con acercamientos demasiado superficiales entre valores culturales aparentemente análogos pero vividos de distinta manera por los diferentes pueblos; 2º, el peligro, a la inversa, de presentar a cada pueblo los valores de los otros como esencialmente diferentes, limitándose a recalcar la necesidad de la tolerancia y del respeto mutuos, en lugar de partir de la comunidad fundamental de valores humanos.

El texto del plan de trabajo propuesto por el Director General reafirma el carácter de reciprocidad del proyecto mayor ya expresado en su título y que consiste en hacer comprender mejor al Occidente los valores culturales del Oriente, y al Oriente los de Occidente. Pero al mismo tiempo sugiere que, al menos en los dos primeros años, se dedique un esfuerzo mayor a reforzar las corrientes que van de Oriente hacia Occidente. Esta actitud no sólo refleja las opiniones expresadas por cierto número de Estados miembros, sino que reconoce una situación de hecho: el menor desarrollo tecnológico de los países de Oriente constituye una desventaja accidental para la irradiación de su cultura, que es necesario compensar mediante un esfuerzo realizado en el plano internacional. También es preciso destacar la profunda diferencia que distingue los problemas de mutua apreciación según se trate de la apreciación de Oriente por Occidente o de la apreciación de Occidente por Oriente. En el primer caso, una imagen incompleta, fragmentaria, superficial; en el segundo, una imagen a menudo deformada por el juego natural de los modernos medios de difusión o falseada por el predominio de los aportes tecnológicos. En un sentido, es necesario intensificar y multiplicar los intercambios; en el otro, restaurar la significación humana de culturas que con harta frecuencia son traicionadas por sus propios instrumentos o están representadas de manera incompleta por

sus productos. En conclusión, al mismo tiempo que sugería las iniciativas que las naciones occidentales podrían tomar para mejorar la imagen a menudo engañosa y a veces peligrosa que de sí mismas ofrecen a las orientales, el Director General estimó que la tarea primordial de la Unesco, al menos en los inicios del proyecto, consiste en favorecer un mejor conocimiento del Oriente por el Occidente. No hay que olvidar, sin embargo, que la necesidad de información mutua es igual y de la misma urgencia en ambas regiones del mundo.

Ya en el año 1954, el informe de la Unesco a las Naciones Unidas indicaba que: "el problema de la mutua comprensión entre el Oriente y el Occidente no se refiere solamente a la vida cultural considerada como lujo del espíritu o como embellecimiento de la existencia, sino también a las oportunidades de un desarrollo armonioso para cada pueblo y de una renovación necesaria de los ideales de la civilización, a la que todas las culturas deben aportar su libre contribución". La concepción del proyecto principal debe sin duda alguna inspirarse en esta verdad, y al mismo tiempo tomar en consideración los obstáculos de naturaleza psicológica, nacidos de la historia contemporánea, que a veces hacen difícil la comprensión recíproca de los distintos pueblos y limitan su facultad de acoger valores culturales extranjeros en su propio patrimonio. A menudo se ha señalado que esta facultad de recepción y de asimilación distingue las culturas más dinámicas, más originales y más capaces de adaptarse constantemente a situaciones siempre nuevas. Es lógico pues, pensar que la aplicación de un proyecto principal como éste contribuirá, no sólo al aumento del mutuo respeto de los pueblos, sino a la restauración de esta confianza de cada pueblo en su propio genio y de esta actitud abierta a las inspiraciones de fuera, que son la condición de la vitalidad de las culturas.

CONOCIMIENTO DE LAS LITERATURAS ORIENTALES *

Desde hace algunos años se deplora con frecuencia que, a pesar de las facilidades de comunicación, las grandes culturas que existen en el mundo no logran vencer sus ignorancias recíprocas. En Europa y en América, por ejemplo, el público parece inquietarse cada vez más de haber desconocido demasiado tiempo las preocupaciones y los valores espirituales de los pueblos del Asia. Por otra parte, muchos orientales lamentan poseer sólo una visión fragmentaria de las culturas de un Occidente que a menudo no se ha presentado a ellos más que bajo sus aspectos económicos o técnicos. En razón de estas nuevas curiosidades, todavía difíciles de satisfacer, la Unesco decidió, el pasado diciembre, dedicar una parte substancial de sus recursos —durante un número considerable de años— a la “mutua apreciación de los valores culturales de Oriente y Occidente”.

Entre los medios que han de utilizarse para realizar este programa, las traducciones ocupan desde luego un gran lugar. Educadores y eruditos desean que las grandes casas editoras tomen a su cargo la difusión cada vez mayor de las obras maestras que mejor expresan las tradiciones o aspiraciones de los pueblos. Ya hemos llamado la atención de nuestros lectores sobre la contribución que la Unesco aporta a esta labor patrocinando la publicación de una colección de obras representativas, de las que hasta este momento se han empezado siete series¹. Hoy quisiéramos señalar el valor de los textos orientales que han sido recientemente traducidos y publicados como parte de este programa.

TEXTOS FILOSÓFICOS DEL CERCANO Y DEL MEDIO ORIENTE

Del Cercano y del Medio Oriente son sobre todo filósofos lo que se ha querido dar a conocer mejor a los que no pueden leerlos en el original. El *Libro de directivas y observaciones de Avicena* ha sido traducido del árabe por la Srta. A. M. Goichon (París, Vrin edit.). Pero el ilustre pensador iranio había escrito en persa el *Relato de Havy ibn Yaqzan* y el *Libro de ciencia*; estas dos obras existen ahora en francés, la primera gracias a Henry Corbin (Teherán, Instituto franco-iranio), la segunda gracias a Mohammed Aghena y a Henri Massé (París, Les Belles Lettres). Una obra mística de al-Ghazzālī (Algazel), *¡Oh Joven!*, ha sido traducida al francés por Toufic Sabbagh (París, Maisonneuve), al inglés por George Scherer y al español por el P. Esteban Lator (Imprenta católica, Beirut). Un gran tratado de Averroes apareció en dos volúmenes de la Oxford University Press, en una traducción inglesa de Simon van den Bergh: *The incoherence of the Incoherence*.

* Se han corregido algunos errores de transliteración de nombres propios y títulos de obras. (N. de la D.).

¹ Véase *Crónica de la Unesco*, Vol. II, N° 11, p. 24.

A veces se ha dicho que estos libros árabes y persas interesan sobre todo a los historiadores de la lógica, de la medicina, de la filosofía y de las religiones, y que exigirían de un público menos especializado un esfuerzo quizás demasiado sostenido. Pero esta opinión no puede aplicarse a obras como el *Libro de los Avaros* de Gáhiz o el *Libro de la Corona*, atribuido —erróneamente sin duda— al mismo escritor. El primero tiene ante todo el gran mérito de dar a conocer a un curioso hombre de letras establecido en Bagdad, en el siglo ix, que escribió sobre todas las cosas con una afortunada fecundidad y sin dejarse trastornar por los golpes de Estado o por las revueltas. Gáhiz no trataba de pasar por un sabio ni por un pensador profundo, y su *Libro de los Avaros* no es un tratado de la avaricia. Es una colección de anécdotas, recuerdos, sabrosas citas, reflexiones espontáneas, todo aparentemente sin el menor cuidado de la composición: frases libres de un viejo sonriente, decididor y pleno de humorismo. El *Libro de la Corona* parece más didáctico; en él se expone, con detalles a menudo extranjeros, la etiqueta de la corte del califa. Pero no es necesario ser un gran historiador para hallar placer en la lectura de este manual del perfecto cortesano. El autor de estas dos traducciones —publicadas una por Maisonneuve, la otra por *Les Belles Lettres*— es Charles Pellat.

Del persa tradujo la Sra. Eva Meyerovitch el *Mensaje del Oriente* de Muhammad Iqbāl (París, *Les Belles Lettres*): este hermoso libro abre la serie pakistana. Si bien el nombre de Iqbāl es célebre, si el sentido general de la acción de este poeta —tenido por los musulmanes como uno de sus jefes espirituales— no es ignorado por los occidentales, es preciso reconocer que hasta ahora su obra no había tenido en los países de habla francesa los lectores que merece. La traducción de *Mensaje del Oriente* ha venido a llenar una lamentable laguna. Esta ardiente poesía aspiraba a despertar al Islam de un sueño secular. Se dirigía sobre todo a un Occidente “hastiado de su fría espiritualidad”, para repetir la expresión de Heine, a fin de proponerle una doctrina de progreso y de amor, en la que se afirma una maravillosa confianza en la humanidad.

TESTIMONIOS DEL MISTICISMO INDIO

En los textos religiosos que nos dejara la India de hace 4.000 años se encuentra el testimonio de una fe igualmente intensa. La tierra y sus ríos, el aliento y la palabra, el tiempo y la muerte, el fuego y el licor del sacrificio, la irrupción de las facultades sensibles en el cuerpo, la admiración del hombre ante su propio pensamiento, son otros tantos temas de los poemas védicos. Estos *Hymnes spéculatifs du Véda* aparecieron en París editados por Gallimard, que, en colaboración con la Unesco, ha elaborado la colección “Conocimiento del Oriente”. Fueron traducidos del sánscrito al francés y anotados por Louis Renou, que los describía recientemente del siguiente modo: “Casi todos los himnos están hechos sobre un mismo modelo: la alabanza de la divinidad a quien se dirigen, alabanza que los poetas enriquecen con alusiones, bien a relatos mitológicos o bien a detalles relacionados con los sacrificios, pues estos poemas eran recitados durante las grandes ceremonias reli-

gias y formaban parte de los sacrificios. En cuanto a las oraciones, en general son trozos de índole mágica, semejantes a los que se encuentran en muchas civilizaciones arcaicas. Sin embargo, algunos de estos textos contienen elementos que pueden llamarse especulativos. Ciertos autores modernos no han vacilado en hablar de filosofía, lo cual es acaso decir demasiado. En efecto, entre los poetas del Veda, había algunos que se preocupaban más que otros de evocar el orden cósmico, de escrutar el origen de las cosas, de imaginar lo que podía ocurrir en los tiempos en que los dioses y el mundo aún no existían. Algunos de estos poetas no han vacilado en componer sus himnos sobre el tema de la cosmogonía . . .”

Los lectores de lengua inglesa encontrarán otros himnos védicos en una antología publicada, también para la colección Unesco, por el Instituto Cultural Indio de Bangalore. Pero esta antología —*The Indian Heritage*— contiene también extensos fragmentos de grandes epopeyas (Râmâyana, Mahâbhârata, Bhâgavata) y termina con una selección de oraciones. De modo que ofrece un compendio no solamente de la literatura sánscrita, sino también del pensamiento y del sentimiento religioso de la India clásica. El traductor, V. Raghavan, profesor de la Universidad de Madrás, brinda en una abundante introducción las aclaraciones filosóficas y literarias que pueden desear los lectores occidentales al abordar los textos por él reunidos.

La comprensión de la obra de un poeta como Tukârâm, del que Gallimard ha publicado los *Salmos del peregrino*, quizás no requiera para los mismos lectores tantas explicaciones. Este humilde místico del país marâthî que en el siglo xvii recorrió el Dekkan cantando el amor divino, se expresaba, en efecto, con un fervor a la vez tan original y tan simple que sus acentos conmueven de inmediato. No parece que sea necesaria ninguna aclaración previa para deleitarse con semejante poesía, de la que se podría decir que evoca cierto ambiente franciscano. Sin embargo, el traductor, R. P. Deleury, ha debido encontrar en su trabajo problemas tanto más difíciles cuanto que nadie hasta ahora había traducido del marâthî al francés. De todos modos supo encontrar un tono y un ritmo muy seductores, y debe agradecersele que haya querido conservar la pureza y la “desnudez original” del texto.

Otras obras indias serán pronto traducidas dentro del programa de la Unesco. Las primeras anunciadas son una novela tamul —*Shilappadikâram*—, una novela de Premshand —*Godan*— y *El nacimiento de Kumâra*, gran poema de Kâlidâsa cuyo 1.500º aniversario se celebra este año. Todas estas obras serán publicadas en francés por Gallimard, como parte de la colección “Conocimiento del Oriente”.

INICIACIÓN A LAS LETRAS JAPONESAS

La misma colección se enriquecerá próximamente con obras chinas —una antología de la poesía desde los orígenes hasta nuestros días y la célebre novela de Ts’ao Sivek’in *El sueño de la mariposa roja*— y comprende ya dos obras japonesas. Gracias a la traducción de los *Cuentos de lluvia y de luna*, hecha por René Sieffert, el año pasado se pudo des-

cubrir un autor encantador, Veda Akinari, nacido en Osaka en 1734 y muerto en 1809, cuyos fantásticos relatos pertenecen a la vez al folklore por las historias de fantasmas y al tesoro de las letras por la incomparable calidad de su estilo. En realidad, las apariciones del más allá, largamente preparadas, ocupan menos lugar que las observaciones psicológicas, la evocación de los paisajes y las discretas lecciones de moral o de política. Es una de las obras más completas de la literatura japonesa. Todos y cada uno encontrarán provecho en la lectura del libro que Akinari comienza diciendo: "El año 5 de Meiwa, hacia el final de la primavera, una noche, cuando la lluvia cesaba y el resplandor de la luna estaba velado..."

Para una iniciación más completa en las letras japonesas, sin embargo, no hay nada que pueda compararse a la bella antología preparada por Donald Keene y publicada en dos volúmenes, para la colección Unesco, en los Estados Unidos por la Grove Press y en Gran Bretaña por Allen and Unwin. Leyendo el primer volumen —desde los orígenes hasta 1850— se advierte el contraste entre la poesía antigua, tan libre, tan directa, y el formalismo comedido de los últimos tiempos del shogunado. Sin embargo, entre las apasionadas elegías de la colección de las Diez mil hojas y los hai-kai un poco artificiales del siglo XVIII, se encuentran grandes obras que sin duda deberían formar parte del patrimonio de todo hombre culto en cualquier país: novelas como *Genji*, ensayos como los de Yoshida Kenko, comedias como las de Shikamatsu Monzaemon.

Puede parecer sorprendente que el segundo tomo de la antología, que va de 1869 a 1950, sea tan voluminoso como el primero. Donald Keene explica que esta desproporción se debe en primer lugar al número de obras que se publican en el Japón desde que este país se abrió al mundo y se "modernizó". Cuanto se ha conservado de la literatura producida desde el siglo XIII hasta la restauración Meiji de 1868, no puede compararse en cantidad con lo que hoy se publica en un solo año. Pero, desde luego, no se trata solamente de cantidad; Donald Keene, cuya autoridad, como es sabido, es tan poco discutida en Tokio como en Occidente, añade que la moderna literatura japonesa es de muy alta calidad.

Esto puede apreciarse fácilmente leyendo a un novelista como Natsumé Soseki, del que Gallimard acaba de publicar en francés *Kokoro* o *El pobre corazón de los hombres*. ¿Qué vida hay más tranquila en apariencia, más igual, más feliz que la de Natsumé Soseki? Nace en 1867 en Tokio, la antigua Yedo. Estudia el inglés, enseña en las escuelas secundarias y pasa tres años en Inglaterra, después de los cuales es nombrado catedrático de la Universidad Imperial de Tokio. Su primera novela, *Soy un gato*, lo hace célebre de la noche a la mañana y le permite entrar en el gran diario japonés *Asahi*. Después de una existencia discreta y retirada, muere en 1916.

Ninguno de los escritores que produjo la era de Meiji ejerció una influencia tan prestigiosa, pues este amigo del Occidente no se había separado de su propia cultura. Se había nutrido en las letras chinas y formado en la meditación que enseña el budismo zen. Su vida sin incidentes ocultaba un alma dolorosa; obsesionado por el ineluctable "pecado que pesa sobre el hombre", este solitario analiza y absuelve al

corazón humano, pero no sin haber tomado sobre sí, como para expiarlo, lo que considera como la irremediable miseria de la condición humana. *Kokoro* es sin duda la más representativa de las novelas de Meiji. Por lo menos así la consideró el Pen Club japonés. Su traducción al francés se debe a Noriguchi Daigaku y a Georges Bonneau.

Sólo hemos querido dar aquí un resumen de la "Colección Unesco de obras representativas", tal como se presenta actualmente en lo que respecta a las literaturas orientales¹. Todavía queda mucho por hacer: la historia y la poesía chinas se extienden a través de treinta siglos, la India escribe en quince idiomas... Pero, gracias al esfuerzo emprendido, en adelante no serán permisibles ciertas ignorancias a las que el Occidente se resignó quizás demasiado fácilmente en el pasado. De todos modos, las traducciones ya publicadas invitan desde ahora a descubrimientos apasionantes.

¹ Señalemos que el número de junio del *Correo de la Unesco* —revista mensual ilustrada, publicada en español, francés, inglés y ruso— da bajo el título de "Literaturas de Oriente y Occidente", una idea general de esta colección.